

TAN LEJOS, TAN CERCA

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Hay algo hipnótico en los movimientos sociales: expresión directa de reclamos; transgresión de la función articuladora de intereses por los partidos; formas dramatizadas de manifestación de demandas que la literatura especializada captura con la noción de “repertorios”; organización y anulación de la distancia entre reclamante y receptor del reclamo. Por lo mismo, hay también algo de vertiginoso en ellos: capacidad de instalar nuevos temas en la agenda de la política y los gobiernos; desafío a la delegación de poder a favor de líderes que a poco andar se autonomizan inevitablemente de sus bases y pasión por la asamblea general. Proximidad y distancia. Todos estos atributos son posibles de observar en los movimientos sociales chileno, turco y brasileño. Si los estudiantes chilenos fueron capaces de inventar repertorios dramáticos en forma de suicidios masivos, maratones por la educación y besatones (esa colectiva “osmosis en cámara lenta de la baba del amor”, parafraseando a Samuel Beckett), los turcos impresionan con su capacidad de inmovilización como estatuas en plazas públicas y los brasileños con expresiones colectivas de pacifismo que provocan tacos kilométricos en una ciudad como Sao Paulo.

Pero, ¿qué es lo que puede mover a personas comunes y corrientes a movilizarse? Al leer la prensa internacional, las hipótesis, tesis y contra-tesis abundan, así como la consternación de los gobernantes: desde un malestar de las clases medias a una rebelión de los jóvenes, con los pobres como espectadores, sin olvidar esa ira gubernamental en contra de twitter por parte del primer ministro turco Erdogan, quien lo culpa de todos los males de Turquía y del mundo. A decir verdad, es difícil arriesgar explicaciones completas acerca de los movimientos sociales que se están multiplicando en muchos países, ya que bien podría sostenerse que son formas de protesta en contra del capitalismo o de la globalización, o al revés exigencias de más oportunidades y beneficios de este mismo capitalismo, o tal vez hastío con la democracia del sufragio universal. Pero en cualquier caso, debe existir una conexión o un trasfondo común.

Uno de los denominadores comunes en a lo menos estos tres países y sus movimientos es la presencia de un discurso exitista de parte de sus elites políticas, económicas y culturales, el que no se interroga sobre sus formas sociales de recepción por grupos medios y populares. Es así como las elites brasileñas han generado un discurso hegemónico sobre su bendita transformación en potencia mundial, mientras que las elites chilenas han cultivado una conciencia de ser “modelo”, lo que se ajusta bien con la tradicional imagen de país de excepción que desde mucho antes del golpe siempre acompañó a Chile. Son estas dos imágenes,

de potencia y modelo, las que se sustentan en impresionantes índices de desempeño macroeconómico, los que probablemente no encuentran asidero en las experiencias reales de muchos brasileños y chilenos. Es esta distancia entre representación y experiencia que es posible palpar (y no registrar, como lo hacen las encuestas) mediante entrevistas en profundidad o grupos focales, tomando muy en serio la distancia entre el discurso ilustrado de las ciencias sociales basado en datos duros, y el registro experiencial de personas comunes y corrientes que no entienden, ni sienten que el crecimiento económico y el bajo desempleo hagan sentido desde las escalas de pertinencia que son las de ellos. Así, el diagnóstico del último informe del PNUD que midió y registró altos niveles de bienestar subjetivo en los chilenos resulta sumamente contra-intuitivo a la luz de los movimientos sociales, y se traduce precisamente en una forma de distancia cognitiva entre el discurso científico sobre un objeto y las experiencias prácticas de los agentes que habitan un mundo que fue transformado en objeto de estudio.

Las democracias de hoy deben seriamente tomar en consideración esta dinámica de la distancia y proximidad, la que no se resuelve mecánicamente promoviendo mecanismos de democracia directa. Estas reformas son necesarias, qué duda cabe, pero no serán suficientes. Aun falta un eslabón: promover reformas que alientan la deliberación entre quienes aspiran a ser representantes y el pueblo, con el fin de alimentar un sufragio universal que por sí sólo y dejado a su exclusiva racionalidad numérica, pareciera estar perdiendo una parte importante de su energía legitimadora.